

La desobediente obediencia

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LOS vientos favorables a la obediencia han pasado. Hoy estamos todos en una actitud crítica, negativa y poco conformista. Por eso se han inventado sutiles procedimientos de influencia, para conseguir que los hombres hagan —creyendo ser libres— aquello que quieren los pequeños grupos de poder que mandan en el mundo actual. El doctor Rogríguez Delgado es uno de los que han estudiado cuidadosamente estos mecanismos cerebrales que pueden ser manejados más fácilmente de lo que se cree.

Yo pienso que en los últimos cuarenta años de franquismo se han usado estos procedimientos más hábilmente de lo que hemos supuesto, y han dejado un peso fuerte entre los españoles, de anhelos inconscientes de seguridad, de temor al cambio y de moderación egoísta. Así hemos adquirido una serie de reflejos condicionados que nos impulsan a hacer determinadas cosas y a desear otras muy concretas, no por nosotros mismos, ni por esa omnímoda libertad interior que creemos tener, sino por la influencia que se nos induce con habilidad desde fuera, enmascarada de aparente libertad.

La juventud en esto resulta un buen testimonio, porque en ella es donde más se han cebado estos procedimientos subrepticios. Y ha tenido, por ello, que acentuar su crítica y su inconformismo, pero lo ha hecho sin discernir suficientemente estos ocultos mecanismos de influencia, y por eso el resultado no ha sido el que esperaban los jóvenes.

La crítica es necesaria. Incluso una desobediencia más inteligente, que vaya más al fondo de lo que estamos acostumbrados. Pero la crítica y la desobediencia son un paso solamente. Ellas son las que han de preparar el terreno, desbrozando el campo para que quede la posibilidad de crecimiento. Pero este crecimiento transformador requiere unos procesos inteligentes, un camino que es preciso cultivar con mayor conocimiento científico de lo humano y de lo social, y amoldarse a él. Y para ello necesitamos del sacrificio, porque sin él nada es posible en el desarrollo de esta vida, una vez superada la influencia tiránica que la ahogaba. Lo malo es que a veces se predica a destiempo este sacrificio, o se reparte demasiado mal, de tal modo que de sus ventajas se benefician social e individualmente unos más que otros.

Estos sencillos razonamientos son los que deben conducir nuestro futuro, no solamente en lo social y en lo político, sino también en lo religioso.

Yo aprendí, sobre todo durante el tiem-

po del Concilio, hace quince años, y lo aprendí en el máximo representante de la tradición católica, Santo Tomás de Aquino, que cada uno debe gobernarse "por su razón". No por lo que le digan los demás o le influyan acriticamente, sino por lo que en último extremo —y atendiendo a todos los aspectos de la realidad— le dice a cada cual su propia e insobornable razón. Y esto lo mismo lo pueden aplicar los creyentes que los que no lo son. Unos y otros debemos vivir nuestra razón concreta, y ella es la última apelación que tenemos todos los humanos, si no queremos ser meros autómatas.

Lo que ocurre es que la razón no es un instinto ciego, ni una corazonada, ni un aferrarse con testadurez a lo primero que se nos viene a la mente. Como bien analizó Lenin, es acoplarnos a la realidad objetiva, a esa realidad dinámica que —en su movimiento creador y progresivo— debemos tener como norma. No una norma fría y muerta de un precepto exterior inventado por los hombres, sino la rica fuerza que tiene lo real para desarrollarse, si sabemos conocerlo y fomentarlo en su fuerza dialéctica.

Este camino que parece puro subjetivismo a una mirada superficial, nos lleva —sin embargo— al pleno objetivismo prospectivo porque efectúa una permanente corrección de nuestros personales puntos de vista, si sabemos impregnarnos de ese núcleo dinámico de la realidad, cuando se la mira con los ojos profundos de la ciencia.

El católico si no quiere convertirse en un robot como se le instaba ayer, ni tampoco en un disgregado sin Norte profundo, no tiene más remedio que pensar con seriedad esto que digo y aplicarlo al campo de su fe religiosa.

El caso del arzobispo integrista, monseñor Marcel Lefèbvre, debía servirnos en esto de meditación, y no de irritación ni de desprecio. El es un católico verdadero, en mi opinión, aunque tenga ideas concretas equivocadas sobre el contenido de la fe, que la identifica ingenuamente con sus opiniones teológicas anacrónicas. Pero su postura religiosa —y en eso disiento de tirios y troyanos— me parece coherente y digna de ser analizada imparcialmente.

Los tiempos en que se nos predicaba la obediencia ciega como la más perfecta actitud del católico han pasado ya, y ahora descubrimos que fueron casi una excepción en la historia del cristianismo. Nunca, salvo en los siglos XVIII al XX, se había mantenido oficialmente esta equivocada norma de la obediencia sin inteli-

gencia. Y precisamente fueron los ultraconservadores de la Iglesia los que inculcaron en nuestras mentes durante esos dos siglos ese "slogan" hasta que ellos mismos se encontraron, sobre todo después del Concilio Vaticano II, en conflicto con clérigos y obispos progresistas que no pensaban como ellos.

Pero hoy, unos y otros, llegamos a comprender lo que fue norma del cristianismo en otros tiempos, mejor o peor llevada a la práctica por sus dirigentes, como sabemos por los penosos casos de Santa Juana de Arco en Francia, del fraile Savonarola en Florencia o del físico Galileo en Roma; los tres, ejemplos de postura católica consciente a pesar de la persecución que sufrieron.

Ahora, monseñor Lefèbvre se opone a las reformas conciliares, a los cardenales de la Curia romana y al Papa, ¿en nombre de qué? De esa fe viva y esencial que alienta en el alma toda del creyente. "En la Iglesia —dice con razón este obispo disidente a fuerza de ser consecuente consigo mismo— el derecho y la autoridad están al servicio de la fe, que es la principal finalidad de la Iglesia, y no hay ningún derecho ni ninguna autoridad que pueda imponernos una disminución de nuestra fe. Y, ¿quién puede juzgar de ello? La fe enseñada desde hace 2.000 años". Caso contrario "la desobediencia es un deber grave" ("Un évêque parle"). Como había dicho el Papa Pío IX a los católicos del siglo pasado: "El Espíritu Santo no ha sido prometido a los sucesores de Pedro nada más que para exponer fielmente las revelaciones transmitidas por los apóstoles". Y nada más, por mucho que hoy quieran algunos pastores —integristas o progresistas— salirse de ese modestísimo ámbito de acción religiosa. El pastor católico es muy poca cosa. No puede ser el dictador tiránico de ayer ni el delincuente oportunista a veces de hoy.

De esta actitud saldrán diferentes posturas, unas de creyentes y otras de increyentes, que coincidirán en algo fundamental: el afán de seguir la realidad dialéctica conocida por uno mismo, sin intervenciones extemporáneas de la autoridad. Y esta desobediente obediencia será nuestra mejor norma. Desobediencia a la presión y obediencia al mensaje de la realidad. ■